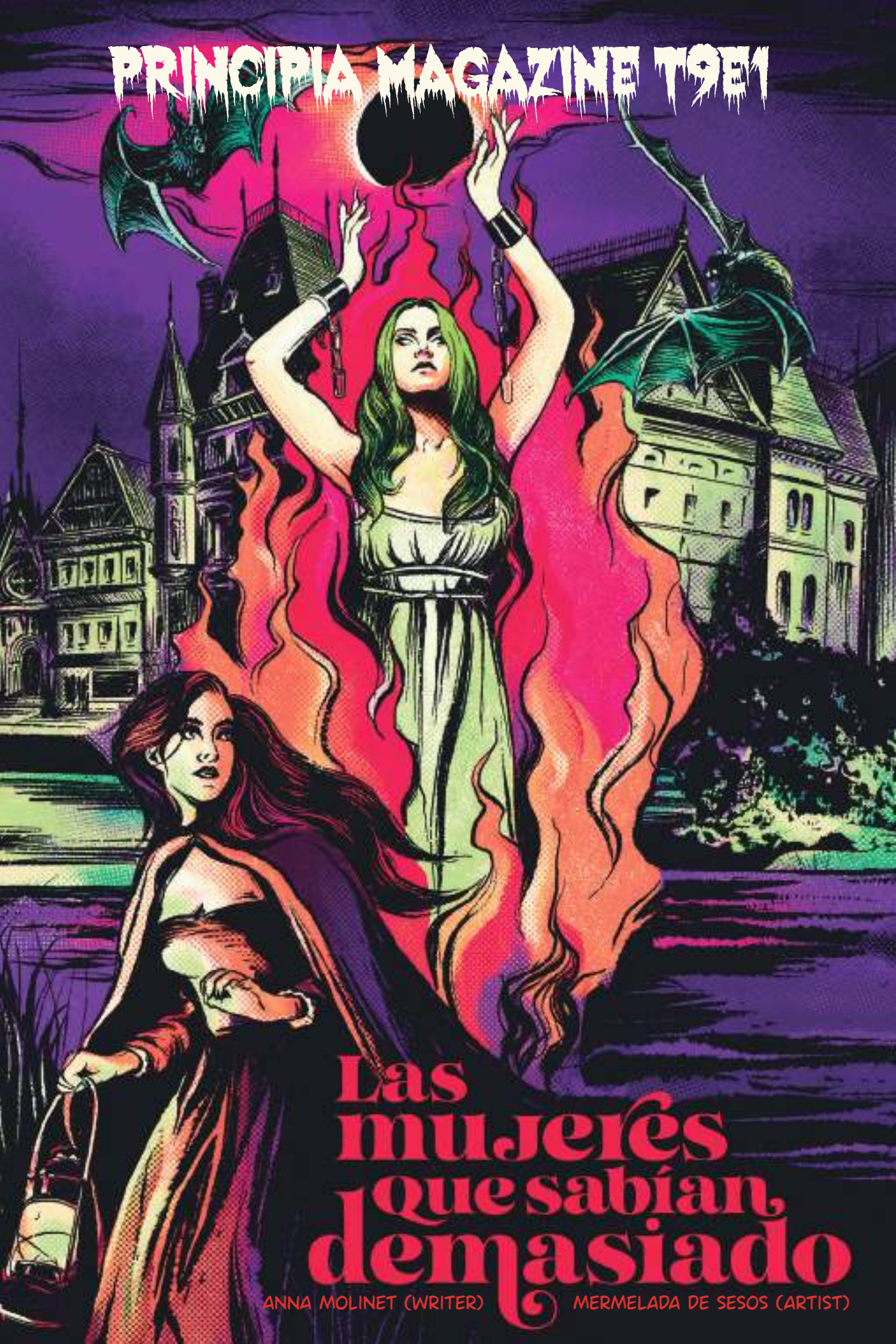


PRINCIPIA MAGAZINE T9E1



Las mujeres que sabían, demasiado

ANNA MOLINET (WRITER)

MERMELADA DE SESOS (ARTIST)



«NO SABÍA DÓNDE ESTABA, SOLO SABÍA QUE VOLVER ATRÁS NO ERA UNA OPCIÓN. EL PASADO ERA SINÓNIMO DE GOLPES, DE DOLOR, DE REJAS INVISIBLES. RECUERDO QUE LLAMÉ A LA PUERTA Y ME DESMAYÉ».

MIENTRAS

dibujo las diminutas flores de la hierba milenrama en el cuaderno, miro a través del cristal. Ya hace dos años que llegué hambrienta y desorientada a través de esta hayeda. Llevaba tres días sin comer, vistiendo harapos, prácticamente sin haber dormido nada. No sabía dónde estaba, solo sabía que volver atrás no era una opción. El pasado era sinónimo de golpes, de dolor, de rejas invisibles. Recuerdo que llamé a la puerta y me desmayé.

«Sarah, acuérdate de escribir que las flores deben secarse antes de hervir, que vimos que su efecto entonces era más potente».

Quien me dice eso es Tituba, la mujer que abrió la puerta y me acogió. Al principio me costó confiar en ella, nunca había conocido a una mujer viviendo sola, en medio del bosque, sin marido ni hijos ni familia. Además, había aprendido a temer a las personas, por defecto, como mecanismo de defensa.

Tras unos días allí me vino la regla y con ella los fuertes dolores que hacían retorcerme. Fue entonces cuando Tituba me preparó una infusión de pie de león y descubrí asombrada cómo mi dolor remitió casi por completo.

Desde entonces, decidí quedarme en su casa y ayudarla con sus tareas; aunque la verdad es que tampoco tenía otro sitio al que ir. Me enseñó todo lo que sabía de las plantas curativas: cuándo sembrarlas y cosecharlas, cómo conservarlas y qué tratamiento debían recibir para aprovechar sus capacidades sanadoras.

A diferencia de Tituba, yo sabía leer y escribir, así que empecé a documentar todo este conocimiento y a hacer dibujos ilustrativos para diferenciar las plantas y plasmar los procesos que seguir.

Me dijo que había aprendido mucho de otras mujeres como ella, que se transmitían los conocimientos verbalmente de unas a otras. Luego hacía perfecciones a base de ensayos de prueba y error.

Levanto de nuevo la mirada y a través de la ventana veo que se acerca Mary, la mujer del carnicero del pueblo. Viene ajetreada, a paso ligero, con una angustia en la cara que me preocupa. Entra sin llamar y escopeteada nos grita «Sarah, Tituba, huid de aquí, vienen a por vosotras, saben que provocasteis el aborto de Elizabeth».

Rápidamente guardamos cuatro cosas en una bolsa de esparto, incluido mi libro, el único objeto que realmente me pertenece. Mary nos explica que Elizabeth sangró mucho la noche después de tomarse la infusión que le dimos y, presionada por su marido, finalmente confesó que se había tomado una pócima que le dimos nosotras.

La pobre Elizabeth hace dos años tuvo un parto muy difícil, del que casi no sobrevive, y la criatura nació ya sin vida. La traumatizó tanto que decidió que no quería tener hijos ni volver a tener sexo con su marido, a quien despreciaba y con el que la obligaron a casarse. Aun así, el marido la forzó varias veces a tener relaciones, violándola, y cuando tuvo la primera falta, nos visitó para pedirnos ayuda.

La verdad es que muchas mujeres del pueblo nos visitan a menudo, de forma discreta, cuando van al lavadero público cerca del río. Las ayudamos con los dolores menstruales, con las infecciones urinarias, con las náuseas del embarazo, con los problemas de fertilidad o de libido, les proporcionamos preparados si quieren abortar o para curar los dolores de alma que sienten muchas tras el parto.

«Sarah, por favor, no te entretengas, tenemos que marcharnos ya, nos van a matar».

Un escalofrío me recorre toda la espalda. Es verdad que las mujeres que nos visitan nos comentan que cada vez les resulta más peligroso visitarnos. La Iglesia nos relaciona con la brujería, los hechizos y los pactos con el diablo. Desde hace unos meses vivimos con miedo porque conocemos algunas mujeres como nosotras a las que las han condenado por brujas y quemado vivas.

«NOSOTRAS SOLO AYUDAMOS A LAS MUJERES, LES APORTAMOS UN CONOCIMIENTO QUE NO ENCUENTRAN EN OTRO SITIO Y NOS BASAMOS EN LA EVIDENCIA. ¿QUIZÁS NOS PERSIGUEN PORQUE OFRECEMOS A LAS MUJERES UN MEJOR CONTROL DE SU CUERPO? ¿NO PUEDEN SOPORTAR QUE TENGAMOS UN CONOCIMIENTO COMPARTIDO SOLO ENTRE NOSOTRAS?».



Sin embargo, nosotras solo ayudamos a las mujeres, les aportamos un conocimiento que no encuentran en otro sitio y nos basamos en la evidencia. ¿Quizás nos persiguen porque ofrecemos a las mujeres un mejor control de su cuerpo? ¿No pueden soportar que tengamos un conocimiento compartido solo entre nosotras?

Dejamos la casa atrás y nos adentramos en la hayeda, alejándonos del pueblo en dirección a una pequeña cueva escondida que conocemos. Por suerte ya estamos lejos cuando llegan los hombres pisando el huerto, chafando con sus botas los arándanos encarnados, que se tiñen de carmín. Afortunadamente, hoy este es todo el líquido rojo que derraman.

Los días siguientes son muy duros, hace frío porque todavía estamos a inicios de la primavera. Además, casi no dormimos porque oímos a los hombres peinando el bosque en nuestra búsqueda durante la noche, creando sombras fantasmagóricas con sus antorchas a través de los árboles. Decidimos hacer turnos para dormir, así como para salir de la cueva, que hemos camuflado con ramas para que no se vea la entrada.

Para comer nos espabilamos suficientemente, conocemos muy bien el bosque y su flora, así que nos alimentamos con diferentes bayas, frutas y setas. Sabemos identificar los hongos que son venenosos y diferenciar el color de los frutos para saber si están listos para comerse.

Tras dos semanas, parece que la cosa se calma. Ya no vemos a los hombres transitar y durante la noche solo se escucha algún búho y los pasos de los pequeños roedores nocturnos. Sin embargo, volver ya no es una opción. De nuevo, he emprendido un viaje de sentido único.

Mientras pensamos qué hacer, hacia qué pueblo huir, me viene la regla. Por primera vez tras dos años, vuelvo a sentir los calambres y el dolor que parece que me desgarran las entrañas. Aquí no tenemos ni milenrama ni pie de león ni tampoco un cazo donde realizar la infusión.

«Sarah, no puedo verte más así. Cuando caiga la noche voy a ir al huerto a por milenrama y también recogeré jengibre, que ya vimos que a Mary le funciona muy bien para sus reglas fuertes».

Sudando del dolor, en vano intento convencerla de lo contrario. Se marcha durante el crepúsculo y me promete que volverá en dos horas, pero se hace de nuevo de día y todavía no sé nada de ella. Me temo lo peor.

Tras dos días, decido ir a buscarla. El dolor y el sangrado me han dejado débil, pero durante el camino puedo encontrar varios frutos comestibles que me dan fuerza. Me tiembla todo el cuerpo, cualquier pequeño aleteo me sobresalta. Tras una hora andando, veo entre los árboles nuestra casa, aunque me cuesta reconocerla. La han quemado entera, incluso la cerca de madera y el huerto, todo negro carbón. Allí, clavada en el suelo, donde antes estaba plantada la hierba artemisa, hay un rosario católico. Entro en la casa, no solo está quemada, sino también destrozada, pero me tranquiliza ver que parece que aquello ha pasado hace ya bastantes días, quizás el mismo día que huimos, no es reciente.

«EMPIEZO A LLORAR Y GRITAR DE RABIA PORQUE VEO QUE JUNTO CONMIGO, ARDEN LAS PÁGINAS DE MI LIBRO. SOLLOZO PORQUE CONMIGO ARDE TODO EL CONOCIMIENTO».

Tituba se lo debió encontrar ya así, pero entonces ¿por qué no volvió a la cueva? ¿Dónde está? ¿La capturaron cuando estaba de vuelta?

Decido averiguarlo, no puedo soportar la idea de perderla. El día que huimos hacia la cueva sabía que me tocaría empezar de cero, pero me reconfortaba la idea de que no fuera sola. Por Tituba siento un profundo amor y admiración, se lo debo todo. Y si todavía estoy a tiempo de salvarla, lo voy a intentar con todas mis fuerzas.

Me acerco al pueblo cuando ya está oscuro. Cruzo el río por debajo del puente y entro de puntillas por una de sus angostas calles, con la capucha puesta. Las calles están desiertas, no hay ni un alma, pero se escucha un tumulto de lejos, parece que proviene de la plaza mayor.

Me acerco a la gran plaza por una de sus calles, en las paredes del arco que comunica con la plaza se proyectan largas sombras y puedo oír a la gente gritar, aunque no entiendo lo que braman. Paso el arco y frente a mí vislumbro la estampa más terrorífica jamás vista: el pueblo entero rodea una enorme pila de madera, que arde con vivacidad, y encima de todo del pináculo está Tituba, atada, gritando e intentando escapar.

Un río de lágrimas recorre mis mejillas, el corazón me arde de rabia y cierro los puños tan fuerte que las uñas se me clavan en la carne y comienzo a sangrar. Me quedo paralizada, no soporto mirar, pero tampoco puedo apartar la vista. Me han arrebatado la única cosa que me importa. Tituba no es una bruja, es la persona más sabia que conozco y, gracias a ella, se han evitado muchas muertes y sufrimiento.

«Sarah, ¿qué haces aquí? ¿No ves que vas a acabar como Tituba?», me advierte Mary al reconocerme.

«Corre, ¡corre todo lo que puedas y no vuelvas!», me dice. El miedo me paraliza y, de todos modos, no le veo sentido a huir y empezar de nuevo sola.

Pero entonces recuerdo el libro. Mi libro. Podrán quemarnos a todas, pero no podrán acabar con todo este conocimiento tan necesario para las mujeres. Lucharé con uñas y dientes, lo que haga falta, y salvaré el libro dejándolo en buenas manos.

Corro hacia el bosque lo más rápido que puedo y no paro hasta llegar a la cueva. Por suerte, el libro sigue allí, a salvo. Solo llevo unos segundos allí, tiempo en el que escondo el libro en una grieta, cuando noto un dolor mordiente en la coronilla y todo se funde a negro.

Me despierto en una habitación pequeña, con las manos atadas, desnuda. Me duele todo el cuerpo.

«¿Cuántas más sois? ¿Dónde os escondéis? Bruja asquerosa, ¡dime dónde está tu aquelarre!».

No me quedan fuerzas ni para intentar convencerles de que no soy una bruja ni de decirles que hablaran con las mujeres del pueblo a las que ayudaba. Solo quiero que todo acabe.

El cuarto día de estar allí me agarran del pelo y me arrastran hasta el centro de la plaza mayor: «¡Arderás en la hoguera, bruja! ¡Mataste al hijo de Elizabeth haciendo un pacto con el diablo!».

Las mujeres también gritan, aunque sus ojos dicen otra cosa. Veo que ellas me creen, que saben que no soy una bruja, pero no pueden hacer nada más que disimular.

Las llamas empiezan a subir rápidamente por la pila y a quemarme los pies. Es entonces cuando empiezo a gritar, a desgarrarme la voz. Pero no es por el dolor de las llamas que me lamen las piernas ni por la angustia de saber que me quedan pocos segundos de vida. Empiezo a llorar y gritar de rabia porque veo que junto conmigo, arden las páginas de mi libro. Sollozo porque conmigo arde todo el conocimiento. Gimoteo mientras las páginas con las florecillas de la milenrama, las preparaciones de pie de león y los aceites de artemisa se convierten en ceniza y vuelan esparcidas, perdiéndose para siempre